ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Carta semanal

Un silencio que acoge la presencia

3 de junio de 2007

«Desde los primeros siglos de la Iglesia ha habido hombres y mujeres que se han sentido llamados a imitar la condición del Verbo encarnado y han seguido sus huellas viviendo de modo específico y radical, en la profesión monástica, las exigencias derivadas de la participación bautismal en el misterio pascual de su muerte y resurrección». Así describe Juan Pablo II la condición de monjes y monjas de clausura en la Exhortación *Vita consecrata*. Son hombres y mujeres auténticamente espirituales, capaces de fecundar secretamente la historia con la alabanza y la intercesión continua. Quieren transfigurar el mundo y la vida en espera de la definitiva visión del rostro de Dios.

Contemplan, sencillamente; esto es, dan prioridad a la conversión, a la renuncia de sí mismo y la compunción del corazón, a la búsqueda de la paz interior, a la oración incesante, al ayuno y las vigili­as, al combate espiritual y al silencio, y, por eso, a la alegría pascual por la presencia del Señor. Pero se ofrecen a sí mismos y renuncian a sus propios bienes, porque buscan a Dios y se dedican a Él, Trinidad Santa. ¿Y qué hacen? ¿Viven de pedir o de limosnas? En absoluto: concilian la vida interior y el trabajo para ganarse la vida. Eso sí: dan primacía a la meditación de la Palabra de Dios, la celebración litúrgica y la oración. Sus monasterios son entrañables lugares de paz y silencio en medio de la vorágine de la vida moderna.

Viven nuestras monjas en Valladolid en un silencio elocuente. ¡Ah, el silencio! ¡Cuánto cuesta a nuestros adolescentes y jóvenes! Decía el obispo presidente de la Comisión para la Vida Consagrada en